



## LA VENERABLE

Al Conde del Donadío de  
Casasola y de las Navas.

### I

A la tardecita, hora de tomar el chocolate en casa de *mi señora* doña María de Roca-Amador Grijalba de Cisneros, acudían al olor del regalado soconusco gran golpe de teólogos y reverendos, de titulados, segundones, *veinticuatro*s y canónigos, lo más granado y copetudo de Sevilla. La tarde á que me refiero, y mientras el *mozo* setentón y asacristanado repartía por el corro los pocillos chinescos en mancerinas de repujada plata, hablaban animadísicamente los señores del prodigio que andaba en todas las lenguas, de *la actualidad en boga*—diríamos hoy—: de las seráficas virtudes de la beata *Mónica de los Arrobo*s, que empezaba á gozar en Sevilla fama de santa.

—Lo que de ella se refiere—afirmaba el obeso provincial de los Jerónimos—es verdaderamente edificante.

—Cuentan y no acaban, mi señor don Braulio—decía el asistente de la ciudad al comisario de la Cruzada.

—Es una verdadera Santa Rita—observaba un familiar del Santo Oficio.

Y formando nutrida masa de voces campanudas ó cascadas, estallaban simultáneamente las más exaltadas exclamaciones.

Cortando en seco el coro de alabanzas, sonó reposada la voz de doña María de Roca-Amador, mujer de acendrada virtud, castiza y sana, sin asomo de gazmoñería.

—Y usted, que es el confesor de *la Venerable*, como empiezan á llamarla, ¿qué dice á todo esto, padre León?—preguntó con llaneza comunicativa la señora á un capuchino de lengua barba negra y descarnada cabeza ascética, que paseaba la penetrante mirada de unos á otros interlocutores, según éstos se sucedían en el uso del encomio.

—Digo, mi señora doña María, que la virtud, como el oro, á más ensayos luce más, y que hasta el fin de la batalla no se canta victoria.

Y como suele al estampido del trueno dispersar la bandada de chillonas avezuelas, así la voz robusta y las sentenciosas palabras del fraile ahuyentaron las hablillas y comentarios de la sala de mi señora doña María de Roca-Amador.

## II

Antes que abriesen la madrugadora iglesia de Capuchinos ya estaba á su puerta *la Venerable* bostezando ayunos y sueños atrasados y erucando latines y lamentaciones bajo el manto verduoso que le asombraba la faz árida, donde sólo parecían vivir los hundidos ojos, que ardían con fulgor quemante, como de pasión ó de fiebre. Al cabo, con estridor de cerrojos y bisagras mohosas, abrió el hermanuco las puertas del templo, acomodáronse en el atrio los mendigos que en él estacionaban, preparando hábilmente la *instalación* de sus harapos y lacerias, y entróse como en su casa la beata hasta su rincón de *siempre*, junto al confesonario del padre León. Una vez en él, extendió, según su nimio ritual, en pliegues simétricos, hieráticos, la saya alamosquina, carraspeó, escupió en el pañuelo, redoblándolo en mil apretados dobleces, requirió el toscó rosario de *lágrimas*, obra de legos capuchinos, fijó los ojuelos calenturientos en la Pastora divina, y, enclavijando sobre el rosario las manos esqueléticas, comenzó, como función natural y cotidiana, el incesante silabeo seseoso y el hondo carraspear y gimótear de aquel cavernoso pecho, depósito de suspiros, toses y oraciones.

Media hora larga llevaba la devota en su triple ejercicio cuando calladamente, como procesión de sombras, acudieron las confesadas del padre León, que aquel día, por ser sábado, estaban cabales, *au complet*. Y en verdad que juntas formaban interesantísima galería, que hubiese ofrecido á Charcot datos curiosos de histeria ó neurosis; á Zola, montón de arcaicos documentos humanos; á la brocha tirsésca de Goya, asunto para un audaz *capricho*; á los pinceles *psíquicos* del Greco, un grupo de cabezas enfermizas transpareciendo almas. En aquel penitente corro destacábase, ó más bien perdiase por insignificante y encogida de cuerpo y de espíritu, una desmedradísima persona, tan acartonada y enjuta que, por ausencia de carne, forma, color y líneas, escapábase á toda clasificación de edad y casi de sexo, pues lo mismo que enfundada en su hábito de San Antonio y su mantilla de lana parecía un chiquillo, en traje varonil hubiera parecido una vejezuela disfrazada. Llamábase Salesia, y por ser hija de la mandadera de las *Mínimas*, ó porque ella lo era en tanto grado *Mínima* la llamaban.

Entre *Mínima* y *la Venerable* mediaba de antiguo invencible antipatía; es decir, *la Venerable*, que aspiraba á la santidad dramática, apasionada y radiante de los místicos, iluminados y extáticos; *la Venerable*, que soñaba con raptos y transverberaciones, sentíase desdeñosa hasta el desprecio por aquella pobre larva mística, sin fuego para inflamarse, ni alas con que levantar-

33803

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
DE BUENO LEON  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

se á las flamígeras cumbres del ascetismo exaltado; y la triste *Mínima*, al sentirse menospreciada, fulminada por los candentes ojos de la santa, apocábase y se encogía aún más, hasta perderse y anonadarse en su propia pequeñez. Desde la sombra del confesonario avizoraba el padre León aquel drama de entre garza y paloma, sin que ni una ni otra se percatasen de la observación recatada.

## III

Aquella mañana iba la *Venerable* más compungida, ojiluciente y nerviosa que nunca: sus labios, siempre incoloros, ardían y temblaban febriles; sus manos esqueléticas enclavijábanse convulsas sobre rosario y pañuelo, y balbuciente, excitadísima, empezó su confesión diaria. Atajó prudentemente el padre León los raudales de palabrería difusa en que se desleían los infinitos escrúpulos de la beata, y cuando se disponía á absolverla, rogóle ella en voz delgadísima y enferma que le oyese una preguntita humilde.

—Acaba, *Mónica*, que esperan muchas—ordenó el capuchino.

Pero á la devota se le trababa la lengua, apagábasele la voz, y no acertaba á formular su pregunta.

—¡Vamos, mujer!—apremió el confesor.

—Si es materia tan delicada, tan difícil para tratada por una misma...

—¡Por Dios santo!

—Si Su Paternidad me adivinara...

—¡Déjate de rodeos; habla claro, como Cristo nos enseña!—mandó el capuchino.

—Pues ya que Su Paternidad lo manda... Quería yo decirle que como de todas las siervas de Dios se lee que sus penitenciaros solían anotar sus virtudes y merecimientos, yo...

—¡Explicátele!

—Yo...

—Bueno; tú, ¿qué?

—Que para el caso, que no llegará, no llegará, bien lo veo, porque soy una miserable pecadora, un vil gusanillo de la tierra...

—¡Acaba!

—Decía que para el caso, que..., ya digo, no llegará...

—Sí, vamos; si estoy ya más que al cabo, y esperan veinte confesadas. Que para el caso en que llegues á ser santa, te escriba yo la vida; ¿no es eso?

—¡Ay, padre, padre! Usted me confunde, me anonada...

—Bueno; pues si llegas á merecerlo, te cumpliré el deseo. Adiós, hija, y que el Señor te perdone.

Absolvió el padre y bendijo, y la penitente se retiró entre alucinada y confusa.

Sucedíola en el confesonario *Mínima*, á quien

la contrición, la vergüenza y el temor de monopolizar demasiado tiempo al padre aturdían y achicaban en tales casos hasta el punto de que todo su ser daba la sensación de algo que se derrite, se derrite ó se evapora. Al sentir tras la rejilla su congojoso respirar acudióla piadoso el asceta, y su afilada faz, cerrada en barbas y en negruras, *aclarába*, como se dice del cielo que se desnubla, y su voz y su palabra se *achicaban* como cuando se habla á un niño, para que la insignificante se creciera y alentase. Cuando, ya serenada Salesia, veía lucir ante su espíritu la absolución aquietadora, estas palabras del capuchino, y el tono de fallo inapelable con que las pronunció, arrojaron á la cuitada en el mayor desconcierto:

—Escúchame y obedéceme sin réplica ni vacilación, porque si no lo hicieres así, no te absuelvo. Vé ahora mismo, y sin cejar ni achicarte, suceda lo que sucediere, empuja, arrolla, despeina, molesta, pisotea, sobre todo pisotea cuanto puedas, á la beata Mónica.

—¡Pero, padre!... ¿Yo?... ¡Yo!... ¡Acabada de confesar, antes de recibir al Señor!...

—¡Ni una palabra más! ¡Si replicas, no hay absolución!

La Catedral, con Giralda y todo, derrumbándose sobre la pequeñez de la triste *Minima*, no la hubiese aplastado más totalmente que aquel formidable mandato. Pero no había apelación ni demora, y la misera aprestóse á obedecer con heroica resolución de mártir. Hallábase *la Vene-*

*rable* como arrobada y traspuesta cuando *Minima*, cerrando los ojos, con el desesperado valor de los cobardes, cayó sobre ella y arrolló, arrugó, pisoteó y deshizo cuanto pudo de la magra persona y de su peinado, mantilla y faldamentas. Sacudióse al pronto displicente la beata, como un león se sacudiría una mosca; pero cuando vió que la agresión persistía y arreciaba, tercióse belicosamente el manto, revolvióse como pantera irritada, asió del moño á la tímida, sacudióla frenética, hartóla de insultos crudos —no en balde nació en la Macarena la seráfica—, y ya entre el general escándalo y revuelo de las confesadas, y entre el polvo que el pataleo del combate alzaba de la estera de pleitas, disponíase la iracunda á *hojear* á su enemiga el *volumen de las faldas*, cuando, sorprendiéndola *infra-ganti* en figura y actitud de furia, caída la máscara de la santidad hechiza, alborotadas las greñas, y los ojos echando lumbres, asomó al confesonario la austera faz barbuda el padre León, y con amarga ironía en el acento y con dolor é indignación en el alma pronunció lentamente:

—*De la humildad y mansedumbre.* Primer capítulo de la *Vida de la venerable Mónica de los Arrobo*s.



## LA REYES

El tibio otoño sevillano es insinuante, se mete blando y sutil por los sentidos, con sus melancolías suaves de cielo gris, aire templado, tierra húmeda, vaheante, luz tamizada, plantas amarillentas, árboles en deshoja, muerte serena, prolongada agonía sin espasmos, tristeza difusa que se respira y anega el ser lentamente como la lluvia menuda.

¿Fué la tristeza ambiente, ó fué el hecho en sí lo que hirió tan hondo en mi sensibilidad, que aquella emoción quedóseme como burilada en ella?

En la plaza, alegre como andaluza, adonde miraba, toda rejas, la casa que albergó mis niñeces, había un elemento de distracción constante para chiquillos y muchachas sobre todo: una *parada* de coches, un mentidero y blasfemadero al raso; grande escuela de vida humana para quien nació con instintos observadores. Con

los tipos, cataduras, *misterios*, costumbres y rarezas de los asiduos ó de los advenedizos á la *parada*, y con los sabrosos comentarios que los cocheros hacían de toda aquella varia gente y de sus vidas y milagros... ¡qué cartera de *apuntes* para un novelista! ¿Pues y los cocheros mismos? ¿Y sus personas apicaradas, su indumentaria *sui generis*, sus modales gitanescos, sus *alias* chorreando ironía, sus chistes á la guindilla, su léxico del arroyo, espolvoreado de *tecnicismos profesionales* y de sal gorda de la tierra?

*Faramaya* era un rubio simpático que despuntaba de *stno* con la parroquia; *Primores*, un bruto que parecía gedeónica personificación de la torpeza y el desaseo; *el Dandy*, un sucio que no llevaba ni camisa; *Cacharrito*—por contraposición á cosa breve, torneada, grácil—, el largo más lacio y desgarrado que pisó tierra sevillana. Y todos por ese arte.

—¡Ya cargó *Faramaya*!—mugía *Primores* rascándose la greña por bajo la gorra.

Y saltaba *Cacharrito*:

—¡Aviao va con el *jambrio* der marqués, que no da propina má que er Jueve Santo!

—¡Valiente *juerga*—ponderaba *el Quisque*—la que corrimo ayé con el niño e la marquesa bea-tona d'ayí enfrente, en la *Ventaritaña*! Tragó má vino que un *sumiero*, y aluego en la berlina, ¡troncho!, con la alfombra nueva, ¡la arriá! Y lo güeno fué que yo, que ni á cuatro pié me tenía, tuve que dí jasiendo papele á la reja y desile á

la criá que er zeñorito estaba *indirpueto*. ¡Camará, qué risa!

—¿Cargaste alguna vé, *Cacharrito*—preguntaba *el Dandy*—, á la viudita eza de lo pelo pin-tao, que no va má que á iglezia con dó puerta? ¡Rayo, y lo que debe resá! ¡Se está en ca iglezia de sol á sol; como que le yaman *las Cuarenta Horas!*

Aquel día de mi recuerdo hubo por la mañana grimpola y *gaudeamus* con la boda de un *montañés* (tendero de ultramarinos) ricacho, que en tres berlinas de las de *nuestra* parada llevóse á su gente á trincar á la inevitable Eritaña, y regaló á los cocheros con vino, pesetas y puros *con sortija*. De pescante en pescante anduvo luciendo su tabaco *Faramaya* á los compañeros no afortunados; ostentábalo con más orgullo que si fuera vara de alcalde ó bastón de general, reservándolo con voluptuosa prevención para postre de la pitanza, que, *clásicamente*, al filo de las doce trájole su morena en el obligado portaviandas, y él despachó con gentil apetito sentado en la madera del pescante y teniendo sobre las rodillas, á guisa de mesa, el almohadón de gutapercha que de continuo ocupaba. *Levántalos los manteles*, encendió *Faramaya* su puro, y púsose á chuparlo cara al cielo, con la más reposada delicia y frutivo regodeo del mundo.

Mientras el infeliz auriga lanzaba al aire la primera bocanada de humo azul del exquisito veguero, desembocó de cierta calléja vecina un grupo extraño que, así porque derechamente se

encaminaba á los coches, cuanto por su singular aspecto, puso en conmoción á toda la gente del *punto*. Formaban aquel grupo tres mujeres de las que á la legua pregonan lo que son: la de la derecha, gorda, vieja, malencarada, con alto moño rucio, gesto de mando, pañolón de floripondios escandalosos y mucha *tumbaga* reluciente en los dedos morcilludos; la de la izquierda, joven sin juventud, alta, pelirroja, flaquísima, fea y con las mejillas insolentemente arreboladas sobre un cutis lívido, repulsivamente ajado; y entre las dos, antes arrastrada que sostenida por ellas, una joven..., un espectro de juventud corrompida, profanada y ya moribunda, y, lo que era más doloroso, un espectro de belleza, de belleza perfecta, soberana, conmovedora; algo como una diosa caída en un lodazal y ahogada en él, cuyo cadáver arrastrasen dos furias zarandeándolo sin respeto.

Cuando llegaron las mujeres á la parada, los cocheros todos estaban de pie, expectantes, silenciosos, y diríase que emocionados, sobrecogidos por sorpresa dolorosa. Con uno de ellos, con el que guiaba la berlina con la que primero dieron, *el Dandy*, encaróse la vieja y le llamó al pescante; dióle unas monedas, y entre ella y la roja empujaron á la enferma hacia el coche. Cuando ponía el pie en el estribo, la pelijudas la besó en la cara, y la doliente, limpiándose aquel beso nauseabundo con el revés de la esqueletada mano, detúvose un momento, y con el gesto indicó algo terrible, un emplazamiento fatídico á la

compañera de ignominia; y agotadas en aquel esfuerzo las débiles energías, tronchósele hacia atrás la cabeza de blanca faz exangüe, que levantó la mujerona entre sus repugnantes manazas mientras la arrebolada sostenía el desmayado cuerpo, y entre las dos embutieron en la berlina á la moribunda, á quien remitió la vieja á su triste destino con esta seca frase:

—Al hospital.

Y con mucho zarandeo de caderas y tremolar de pingos, se volvieron las miserables á su lodo.

Mientras la enferma subía al coche sucedió una cosa insólita: *el Dandy*, que pecaba de grosero con los más copetudos parroquianos, quitóse la gorra de hule, se descubrió por instinto ante una majestad que él sintió próxima: ¡la muerte! Y *Faramaya* aun hizo más; hizo algo que en hombres como él significa el colmo de la emoción y del rendimiento ante lo grande ó lo trágico: tiró el puro—¡el codiciadísimo puro!—apenas gustado. Y mientras el habano rebotaba en las piedras, chispeando su lumbre, el cochero, pálido y siguiendo con los ojos la berlina del *Dandy*, que se alejaba despacio y como respetuosa y compasiva, dijo con la voz mojada en llanto viril contenido:

—¡La Reyes! ¿La habéis visto? ¡Rayo, quién la conoce! ¡Si va muerta!... ¡Y al espítá, recontra! ¡El mejó cuerpo de mujé que s'ha paseao por Sevilla! ¡Bonita como una plata!... ¡Y ar moriero! ¡Troncho! ¡Si hay cosas en esta fullera vía que enseñan más que los sermones!



## LA OTRA VIDA

Á Laura y Agustina Romea.

### I

La discusión arreciaba y se encrudecía por momentos. Lo que empezó en escaramuza tomaba proporciones de batalla. Y en verdad que desde el principio, desde que el fogoso Mendalba enristró su quijotesco lanzón de defensor del ideal contra las bien templadas armas dialécticas del escéptico y sutilísimo Alcira, los blancos mantles de la aristocrática mesa de la condesita María convirtiéronse en *tela* de justa, ó más bien de torneo, y los dos opuestos combatientes cobraron á nuestros ojos aspecto de paladines que en combate singular se disputaban pecho á pecho y brazo á brazo la dama de sus pensamientos.

Y así era la verdad; porque, mudado el lugar y las armas, aquélla era una verdadera lucha

cuerpo á cuerpo, un torneo, casi un juicio de Dios entre uno y otro enamorado caballero. Bajo las blancas pecheras, en que rielaba la eléctrica luz, sentíanse pulsar los corazones de ambos mantenedores, veíanse curvarse valientemente los recios torsos, y sentíanse hervir con la anhelosa respiración la soberbia, los celos y el amor, mal encadenados ya por los lazos de seda de los mundanos respetos. Ambos luchaban con armas de justa; pero los dorados estoques del simulacro buscaban ansiosos el corazón del adversario.

Todos lo sentíamos así. Fuera de las alteradas voces varoniles, no se oía otro rumor que el de los platos, cubiertos y cristalería del servicio, trasegados por los criados, y el inquieto alentar de los comensales.

La pobre condesa estaba pálida, y Alcira, el paladín de la negación, temblaba al impulso de una afirmación soberana: el amor. La situación del brillantísimo orador republicano era anómala y crítica. Tenía público—allí estaba cierto famoso ex ministro liberal, un periodista batallador, nuestro más celebrado novelista y el más ilustre de nuestros críticos—, y su orgullo de tribuno, su vanidad masculina, su ambición de enamorado, el odio á su rival y el aguijón de los celos desataban violentamente las aguas vivas y hervosas de su elocuencia incontrastable. Pero aquellos ríos de clara inspiración que fluían de sus labios parecían amargarle el paladar y envenenarle la sangre. Sabía que aquellas aceradas puntas de su negación se volvían contra sí mis-

mo é iban á clavarse donde á él más le dolía, en el corazón de la mujer amada, que sangraba de dolor allí á su lado. Sabíalo, y no podía callar; todo su ser precipitábase á sus labios en aquel vértigo de orgullo y de celos, en que su triunfo era su derrota. Presentía con vaga lucidez que, sin aquellas ideas suyas, acaso María le hubiese amado; aventurábase á dudar tímidamente que quizás le amaba á pesar de ellas; y al esgrimir las con inusitado y varonil arresto en su presencia, sentíasele herirse con sus propias armas, y al paso que más se crecía en la lucha, veíasele sufrir al par de muerte.

Mendalba, en cambio, el mantenedor del ideal, estaba en su terreno; sus claros ojos celestes relampagueaban de gozo, como si vieran extenderse hacia su frente la blanca mano de la condesa, pronta á ceñirle el lauro de oro destinado al vencedor. El éxito, la gloria y el amor parecían fluir en calientes oleadas por sus azules venas de sanguíneo, y su ancho tórax de gladiador se alzaba soberbio, como si respirase á plenos pulmones la victoria.

Porque lo singular de aquel caso era que el duque de Mendalba, el paladín de la fe, tenía la opulenta musculatura de un luchador circense, y fisiológicamente era clásico y pagano, estaba hecho para gozar en toda su plenitud la vida; y, en cambio, Jaime de Alcira, el apóstol del escepticismo, el defensor del hecho, el apologista de la materia *autogénica*, como él decía, era pálido, nervioso, calenturiento, neurasténico; te-

nia, en fin, la fisiología delicada y espiritualista de uno de aquellos cristianos caballeros nuestros, cuyas finísimas cabezas inmortalizaron los pinceles del Greco.

De su ascético perfil aquilino, de sus delgados labios, levemente descoloridos, de su tierno mirar, que parecía caldeado al fuego de un alma para todos amorosa, creíase ver manar la fe, el entusiasmo, la efusión cristiana, y sorprendía dolorosamente hallar que aquella faz contemplativa sólo reflejase la desesperada negación, el acerbo sarcasmo, la asoladora nada. Y, sin embargo, aquel hombre estaba enamorado. Y mientras sus labios negaban en crudo y blasfemaban en frío, en su corazón ardía la sacra llama de un amor místico, rendido, pronto al culto y á la adoración, como todo amor verdadero, y de sus ojos, cuando miraban á María, parecía próxima á exhalarse una lágrima de arrepentimiento y de fe.

¿Qué había dentro de aquel enigmático temperamento? ¿Un creyente malogrado? ¿Un neurasténico? ¿Un místico vergonzante disfrazado por soberbia de escéptico y materialista? ¿Qué padecía aquel hombre? Desorientación espiritual, sed de otra vida; algo que padece sin confesarlo la generación entera; algo que convive mansamente con los tibios y que lucha á brazo partido con los pasionales y vigorosos.

Pero mientras al otro lado de la mesa los que éramos allí meros espectadores reflexionábamos estas cosas, enfrente de nosotros, en el lugar de la acción, recrudecíase la lucha, y hubo un mo-

mento en que el duque, que tenía en la mano un cuchillo, acentuó con él de tal modo una frase, y Alcira, cruzándose de brazos, miróle tan provocativamente, que todos creímos que la comida iba á tener final de tragedia.

Por fortuna, estábamos en los postres, y la condesa, con la oportunidad que le es propia, cortó la discusión invitándonos á tomar el café en la *serre*.

Todo el mundo sabe el valor que en medio de una situación dramática ya insostenible tiene la palabra hábil que muda el tema de la conversación, la entrada oportuna de algún nuevo personaje que corta en seco las discusiones, ó el paso de un lugar á otro, que separa á los contendientes, apaga los fuegos, para el curso de la controversia y anuda en torno de los antagonistas los hilos de otras pláticas y atenciones, que como red de prudencia los envuelve y aprisiona, imposibilitando toda agresión.

Tal fué el efecto del hábil recurso de María, la condesita viuda de Ridaura, que no en vano pasa por una de las más hermosas y discretas damas de Madrid.

## II

Las puertas de la *serre* estaban abiertas, y por ellas penetraba en oleadas tibias el resplandor azul de la luna, disuelto en el aire perfumado de mayo.

Al llegar ante las mesitas dispuestas para tomar el café dentro de la *serre*, preguntó Jaime á la condesa, que se apoyaba en su brazo:

—¿Aquí?... ¿Y por qué no fuera?

Mandó la dama trasladar al jardín las mesillas de *laca*, y cuando Jaime se sentaba junto á su linda prima—debe saberse que María lo era suya—, miróle ésta, y al observar la palidez y angustia del pobre escéptico, dijole en tono familiar y cariñoso, como para reanimar su decaído espíritu:

—¿Y se puede saber, primito, por qué prefieres el jardín á la *serre*?

Jaime pensaba en aquel momento que María habíase apoyado en su brazo como para consolarle en su derrota, mientras reservaba su corazón como premio á su rival triunfante, y al oír sus afectuosas palabras sonrió con viva alegría, y respondió en el tono blando y temeroso del niño que intenta desenojar á su madre después de una diablura:

—¿Por qué..., por qué?... No quisiera que te

rieses de mí si te lo digo—la miró, y halló en los ojos de ella ánimos para continuar—. Es una niñería, una sandez...; pero la vista de los árboles y del cielo en estas noches de luna ejerce sobre mí un influjo indecible... ¿Te acuerdas, prima, de nuestra hermosa Valencia, te acuerdas de mi encantadora masía..., de mi madre?...—la voz de Jaime se humedeció y se quebró de pronto.

—¿De tu madre, de aquella santa del cielo? ¿Que si me acuerdo, me preguntas, y la quería yo casi tanto como tú?

Jaime clavó los ojos en su prima, pero no habló: acaso temía que su voz no estuviera segura.

—¡Ay! ¡Si mi pobre tía, tan cristiana, tan piadosa, viviera y viese...!—dijo María.

Pero al observar la cara de Jaime no se atrevió á seguir, y entre los dos se interpuso un silencio difícil de soportar y más difícil de romper.

Jaime sentía que se había enajenado para siempre el amor de su prima, que después de cuanto dijo en la mesa ya no había rehabilitación posible para él; la condesa estaba alterada y pálida en extremo, y parecía que entre él y ella interponíase, agrandándose por momentos, un océano sin orillas. Pero á veces, cuando uno y otro se miraban desconsolados, diríase que María adivinaba el mal de Jaime; diríase que, viéndole ciego y sintiéndose luz, deseaba penetrar en él é iluminarle; creeríase que, viéndole sediento, anhelaba acercarse á él y llevarle en el hueco de

su mano el agua salvadora con que refrescar sus labios, desecados por la sed de lo infinito.

De pronto, reanudando con encantadora sencillez los recuerdos de Jaime, dijo ella:

—¡Tu masía, ya lo creo, era un verdadero paraíso! Y como en las noches de luna gustaba tu madre de que acabásemos la cena en el jardín, donde más allá de la rica orla de rosales, naranjos y palmeras se veía la llanada movible del mar plateado por la luna, comprendo lo que te sucede: el cielo de la noche, las ramas movibles, el aroma de las rosas, la luz azul de la luna..., cada una de estas cosas despierta y evoca en ti aquellas sensaciones fundidas en tu memoria con el recuerdo de tu madre...

—Justo. Y al amalgamarse unas con otras esas sensaciones que me traen algo de su recuerdo, intégrase éste en mí, y en mis sentidos se reproduce la visión, la presencia real de mi adorada viejecita... ¡Si tú vieras, María, con qué fuerza, con qué intensidad se destaca ante mis ojos!... Vamos; ¡si me parece que rejuvenezco, que renazco, que soy otro! Cuando me acuerdo de ella, cuando revivo aquellos días y aquellas noches..., comprendo la dicha tan grande que gozáis los que creéis en otra vida en que volvamos á encontrar á los que hemos amado.

—¿Verdad, Jaime? ¿Verdad que el amor es cosa de naturaleza tan eterna, que parece que no basta una vida para alcanzar su plenitud?

Jaime, que adoraba el excepcional talento de María, la miró sorprendido del singular alcance

de aquellas palabras, que despertaron en el alma de él ecos muy hondos, muy altos.

—¡Qué cosa tan prodigiosa es la memoria! —prosiguió ella—. ¡Y os atrevéis á negar los milagros! Pero dime: nuestra vida, Jaime, ¿no es un milagro continuado? ¿No es la realización constante de leyes sobrenaturales rodeadas para nosotros de impenetrable misterio? Dime tú, loco apologista de lo positivo y lo real: ¿qué es lo positivo y lo real en este mundo? ¿Adónde están tu masía, tu madre y los días felices de tu niñez? Tu masía no existe siquiera: para emplazar una fábrica y una vía férrea la asolaron y borrarón sus lindes; tu madre... sólo vive en el cielo...; tu niñez voló como el perfume de las flores que la envolvían... Y de todo ello, ¿qué resta, qué sobrevive? ¡Qué! Lo inmaterial, lo ideal, lo intangible, un recuerdo. ¿Y quién lo guarda? Ese algo sobrenatural que tú niegas: el alma, el huésped eterno de este deleznable barro. ¿Y no te prueba esto que el espectáculo es la vida, y el espectador el espíritu; que lo mudable es lo que pasa, y lo eterno lo que perdura para guardar en sí la impresión y la conciencia de estas realidades que pasan con vaguedad y rapidez de ensueño? ¿No ves que este vivir tan breve é incompleto no es sino tránsito y como esbozo y vislumbre de otro más alto y supremo? ¿No ves que de nuestro propio existir lo que más amamos son los recuerdos y las esperanzas: lo que ya no es ó lo que no es todavía? ¿Y esto no te dice que en el fugaz presente no cabe la plenitud de nuestro espíritu,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

creado para más amplios horizontes? ¿No sientes en ti mismo, aun dentro de estas exterioridades que nos distraen de lo eterno, el preludio y como el despuntar de otra vida?

—¡Otra vida, María de mi alma! ¡Sí, otra vida siento, la respiro, me invade y me posee! Siempre en noches como ésta, al absorberme el recuerdo de mi madre, al sentirme rodeado y lleno de su presencia..., pienso que para almas todas abnegación y sacrificio como aquélla debe existir y existe la bienaventuranza. Pero ahora que eres tú, María, la que me habla de mi madre y de la eternidad del amor..., ahora siento que mi alma se despliega, que se agranda y no cabe en esta existencia; ahora siento que amar es creer y adorar y prosternarse ante algo sobrenatural que nunca muere... ¡Ahora, María—te lo juro por la presencia de mi madre, que me envuelve!—, me confieso derrotado, arrepentido; creo, creo con todo mi ser en *la otra vida!*



## EL HURTO DE MI ABUELA

(Recuerdo de 1808)

Á Palomita Armet de Castellví.

### I

Nadie se escandalice ante el título de esta breve narración, que no es ni remotamente ofensivo—¡todo lo contrario!—á la santa y por mí tan llorada persona á quien se refiere. Se trata de la diablura angelical de una niña de apenas cinco años.

Aun no los había cumplido la que llegó á ser mi abuela en el año de gloria de 1808, cuando toda Sevilla, ardiendo en santa ira contra el invasor, armaba, equipaba y vestía—no puedo decir *uniformaba*—llena de entusiasmo á aquel pintoresco ejército de Castaños, que tan gallardamente describe Galdós en sus *Episodios*.

Todas las mujeres, desde la alcorniada señora